

María Asunción Sánchez Manzano, *El escepticismo humanista de Francisco Sánchez*, Madrid, Dykinson, 2018, 145 pp., ISBN: 9788491489795. Cloth €17

Reseñado por CARLOS ORTIZ DE LANDÁZURI
 Universidad de Navarra, Pamplona, ES
 cortiz@unav.es

María Asunción Sánchez Manzano reconstruye el pensamiento del médico galo-portugués Francisco Sánchez (1551, Tuy (Braga)-1662, Burdeos) de padres conversos y con antecedentes judíos. Se le presenta como un humanista escéptico precartesiano, que primeramente habría publicado un tratado de *Opera medica* en 1636. Sin embargo, posteriormente se habría doctorado en la Universidad de Montpellier en 1574, para después ejercer la profesión en Toulouse como director jefe de un hospital y como superintendente honorario hasta el momento de su fallecimiento en 1612. También se habría interesado por la astronomía y el estudio de los cometas, así como por las matemáticas, en el marco de un saber enciclopédico antiguo. Su obra principal habría sido *Quod nihil scitur* de 1581, posteriormente reeditada de modo póstumo en 1618 con el título *Sobre la muy noble y la primera ciencia universal*. O la que aún más tarde editarían sus hijos en 1636, o incluso más tarde en 1649, con el título: *Opera médica. Tratado filosófico sin sutilidades*, en clara referencia a Duns Scoto. Serían estas últimas versiones las que serían comentadas por Daniel Harnack en 1665 y que también habría sido conocida por Leibniz.

En cualquier caso, se sitúa a Sánchez en el marco de un saber enciclopédico antiguo, que sigue tomando como punto de partida las propuestas de Galeno y de Aristóteles, aunque adoptando una actitud crítica de cansancio o de una simulada humildad ante el desprestigio de los métodos usados, como si no fueran los únicos métodos de investigación posibles. Los enciclopedistas modernos echarán en falta un análisis más detenido de los procesos internos de elaboración del propio saber científico a partir de un conjunto de certezas indubitables, conformándose en su lugar con un análisis de meras probabilidades de tipo agustiniano, a las que solo se les puede otorgar un alcance ético muy limitado. El enciclopedista antiguo enuncia unas pretensiones dialécticas con una universalidad verdaderamente enciclopédica, pero al final se acaban justificando unas argumentaciones meramente retóricas que ellos mismos fueron los primeros en criticar. De todos modos, Sánchez se atrevió a cuestionar una posible fundamentación del saber enciclopédico a partir de la astrología, o de la propia alquimia, como solía ser habitual en muchos paracelsianos o en Tomás de Campanela. Sin embargo, Sánchez no terminó de dar al saber enciclopédico una formulación dialéctica verdaderamente demostrativa y moderna. Para justificar estas conclusiones se dan cinco pasos:

(1) *Las principales características de la enciclopedia antigua*. Se concebía el saber enciclopédico como una suma de opiniones filosóficas dispersas, todavía no sistematizadas a

partir de una primera verdad o principio, como ahora seguirá sucediendo en el *Quod nihil scitur* (1581). De todos modos, seguía siendo habitual recurrir a Aristóteles para dar una unidad aparente a este conjunto de saberes dispersos, aunque sin conseguir que se materializaran en la configuración ética de un hombre singular. Al menos así sucedió en Aristóteles, en las escuelas postaristotélicas, tanto griegas, como latinas, en Galeno, en San Agustín, en Boecio, Ptolomeo, San Isidoro, o en la recepción de Aristóteles por parte de la filosofía islámica y medieval, o en el propio Sánchez. En todos los casos se produce una disociación entre los saberes teóricos que se pretenden alcanzar y los saberes prácticos que mueven de un modo efectivo al hombre en la realidad concreta.

(2) Las dificultades en la recepción y transmisión del saber hasta el humanismo. Se resalta el peso excesivo que el silogismo teórico ejercía sobre el práctico, sin establecer un equilibrio entre ambos. Al menos así sucedía en las siete artes tradicionales romanas, así como en Boecio, o en el modo de concebir el saber en la Universidad de París, o en el resto de los filósofos medievales. Todo ello se materializó en las dificultades para alcanzar un efectivo saber acerca de la naturaleza que no se redujera a ser un simple espejo donde se reflejan las ideas del alma, sin otorgar a la experiencia el papel que efectivamente le debería corresponder. Al menos así sucedió desde Grosseteste, Bacon u Ockham, hasta Bradwardine, Llull, Guillermo de Moerbeke o el propio Sánchez, por sólo citar a los que más se interesaron por la naturaleza de los entes físicos. Pero algo similar acabó ocurriendo a los que se dedicaron a las artes médicas, donde se hacía más necesaria la adquisición de una visión práctica de la experiencia concreta, al modo propuesto por el *De Anima* aristotélico. Este modelo sería seguido tanto en el ámbito cristiano como en el islamista, en el marco de un saber enciclopédico antiguo, el único que pudo conocer Francisco Sánchez.

(3) *Razones para el escepticismo*. Se analizan las dificultades para llevar a cabo un análisis del cuerpo humano, según se siguieran las propuestas del *De Anima* de Aristóteles o del *Alcibiades* de Platón, otorgando en este segundo caso al intelecto un carácter individual, mientras que en el primero adolecería de un carácter general. Una posible solución de carácter aristotélico consistió en agrupar las diversas partes del alma en una sola. En cambio, Sánchez propendía a una solución y carácter platónico, que defendían una conexión de las capacidades intelectuales humanas con la percepción alcanzada por el alma del mundo, aunque sin regularlas por mediación de la astrología, al modo postulado por Telesio y Grosseteste. Pero algo similar ocurrió con el lenguaje, según se considerara la posibilidad de un universo aristotélico ocupado por la cantidad o un universo platónico de naturaleza atómica y en sí mismo vacío, sin que se alcanzara una unanimidad a este respecto. En este contexto Cardano se decantó contrario a las sutilidades imperceptibles de Ptolomeo y favorable a las propuestas de Aristóteles y Galeno, mientras que Scaliger, al igual que Sánchez, se manifestara como platónico dialéctico.

(4) *Sentido del escepticismo de Sánchez*. En el Renacimiento predominaron dos métodos persuasivos de carácter discursivo; la retórica y la dialéctica. En el primer caso se aceptó sustituir la silogística por la invención de palabras, como propuso Trebisonda en su

Isagpgé dialéctica y de Agricola en *De inventione dialéctica*. En el segundo caso se proponía volver a una dialéctica silogística que sólo admitiera los nuevos términos estrictamente necesarios que estuvieran debidamente justificados, como ocurrió en la *Retractatio* de Vala. De este modo a lo largo del siglo XVI se enfrentaron dos actitudes discursivas representadas por la *De inventione dialectica* de Trebisonda y Agricola, que identificaban los universales con las individualidades concretas, al modo de Duns Scoto; y, por otro lado, la *retractatio* de Valla (1501) con sus tesis, en gran parte compartidas por Sánchez, acerca de los opuestos, contrarios, subcontrarios y contradictorios, así como sobre el epiquerema y las figuras del silogismo. Por su parte el discurso *Quod nihil scitur* (1591) presenta un carácter en sí mismo paradójico, con la pretensión de reafirmar el mismo saber que se niega en el punto de partida inicial, como si se tratara de un mero ejercicio de desactivación retórica, cuando se pretendía más bien elaborar una nueva forma de fundamentación de la teoría y del método de la ciencia en el marco de la lógica silogística.

(5) La desactivación de la duda: posteridad del debate expuesto por Sánchez. Las propuestas del discurso *Quod nihil scitur* están directamente relacionadas con el «cogito» cartesiano, aunque existan unas claras diferencias entre ellas. El escepticismo humanista de Sánchez se conforma con desactivar la duda mediante el logro de un conocimiento meramente probable, mientras que el escepticismo metódico cartesiano busca el hallazgo de unas primeras verdades evidentes. Evidentemente estas pretensiones de autojustificación, le acabarían creando problemas, como ya fue hecho notar en la *Censura philosophiae cartesianae* de Daniel Huet en 1689, o por Pascal o por Malebranche, o por Hobbes en las *Terceras objeciones* de 1641, donde sólo aceptaría la causalidad material y eficiente a la hora de fundamentar el movimiento; o en la filosofía de Gassendi acerca del atomismo, aunque la carencia de un método seguro habría reducido el alcance de sus resultados científicos. En cualquier caso, el recurso al método silogístico ya no fue un obstáculo para el desarrollo de la ciencia, aunque el uso del lenguaje cartesiano para mostrar realidades muy distintas acabaría mostrando los límites de la filosofía natural nacida del Renacimiento, como mostraría Spinoza. En cualquier caso, Daniel Hartnack habría criticado la edición de 1665 del *Quod nihil scitur*, prolongando las que ya habría formulado en 1664 Ulrich Wildt en *Disputatio Quod Aliquid nihil Scitur*. Finalmente, se comprueba cómo el discurso habría sido leído en nuestro país, al haberse encontrado una copia de 1772 en la Biblioteca Nacional de España, donde se formulan grandes elogios al probabilismo escéptico de Sánchez, aunque sin terminar de captar la novedad que supuso el hallazgo de la nueva ciencia físico-matemática, ya sea en su versión galileana o newtoniana.

Para concluir una revisión crítica. No cabe duda que las raíces históricas del enciclopedismo antiguo fueron muy diferentes del modo de concebir el enciclopedismo moderno, dado que el primero pretende desactivar la duda mediante un probabilismo igualmente escéptico, mientras que el segundo exige una fundamentación en un escepticismo metódico que a su vez debería basarse en el hallazgo de unas primeras verdades en sí mismas indubitables al modo cartesiano. Y en este sentido cabe plantarse, ¿no se establece una disyunción excesivamente excluyente entre ambas formas de escepticismo, sin admitir una posible alternativa: el hallazgo de un conocimiento de la naturaleza simplemente probable, que a su

vez pudiera ser compatible con una fundamentación modal, universal y necesaria de carácter metafísico, aunque para ello hubiera que revisar la propia noción de ciencia en Aristóteles, como al parecer acabó proponiendo Sebastián Izquierdo en debate con Descartes en el *Faro de la Ciencia* (1652), ya en la tercera escolástica?